



EL AMOR A JESUS CRUCIFICADO DEBE
INDUCIRNOS A SUFRIR CON EL, PORQUE
SOMOS SUS ESPOSAS

MADRE MARIA EUGENIA (Sábado Santo, 8-4-1882)

Mis queridas Hijas:

Voy a terminar el asunto que empezamos a tratar juntas. Os dije la última vez que la gran energía del alma, frente a todo abatimiento, a todo mal, a toda tentación, es el amor de Jesucristo, y terminé diciéndoos que es, sobre todo, el amor a Jesucristo crucificado. Hoy es un hermoso día para finalizar lo que pienso deciros sobre ello.

Todas acabáis de meditar la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. En la medida en que hayáis estado más recogidas, más atentas, más interesadas, habréis estado también más penetradas de las angustias de N. S. Jesucristo: de sus angustias en el huerto, donde horrorizado por el peso de nuestros pecados, suda sangre, salida de sus venas por un milagro extraordinario, y riega con ella la gruta de Gethsemaní y las raíces de los olivos. De sus angustias, también, cuando fue traicionado por uno de sus discípulos, entregado en manos de los pérfidos judíos y tratado con inaudita crueldad, arrojado más tarde a la prisión y arrastrado ante los tribunales para ser juzgado injustamente. De esas angustias, en fin, cuando fue flagelado, coronado de espinas y oyó el grito unánime, “¡Crucifige!”, que se elevaba de aquel populacho que había El colmado de beneficios y llegó, en su ingratitud, hasta pedir su muerte.

Habéis seguido al Señor llevando al madero de su cruz, clavado en ella, entregando su alma y derramando toda su sangre en una agonía, la más dolorosa que se pueda imaginar. ¿Dónde está el consuelo para El, dónde encuentra un alivio? ¿Qué tortura ha experimentado en su divino cuerpo? ¿Existe un dolor que no haya padecido su alma?

Hermanas mías para ser verdaderas esposas de Jesucristo hay que sentir profundamente este inmenso dolor que Nuestro Señor sintió por nosotros. Es necesario que la Pasión de N. S. Jesucristo se imprima en el corazón de la esposa; es necesario que la Pasión de N. S. Jesucristo se interponga entre ella y todo lo demás que por cualquier motivo pueda contribuir a entibiar su fervor. Cómo queréis que un alma que considera la Sangre de Cristo entre ella y una fragilidad, un volver hacia atrás, un afecto humano, una tentación, cualquiera que sea; cómo queréis, digo, que esta alma no tenga horror a todo cuanto podría separarla de la generosidad absoluta que debe a su Esposo crucificado. Cómo queréis que un alma que ha comprendido

bien la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo no guarde fidelidad en las grandes ocasiones como en las pequeñas.

Cómo queréis que esta alma no esté dispuesta a rechazar toda sugestión, toda tentación que podría alejarla de Jesucristo, en orden a la castidad, que nombro la primera, porque es, ante todo, la virtud de la esposa; pero podría decir también, en orden a la obediencia, a la pobreza, a todo lo que se refiere a los votos y a la union con Nuestro Señor y también, sobre todo, en lo que se refiere a la humildad, porque es en la humillación más profunda donde se presenta Jesús a nosotros, en su Pasión.

Como un alma que ha grabado la Pasión en lo más hondo de su corazón, que entre ella y toda predisposición para recordar las cosas de la tierra pone la Sangre de Cristo y las lágrimas de su Madre, ¿no tendrá una fuerza divina para resistir a todos los atractivos terrenos?

Es necesario que la Pasión de N. S. Jesucristo sea el objeto frecuente de vuestras meditaciones. Os decía ayer el P. Picard que Santa Clara de Montefalco vio un día a Nuestro Señor llevando en cruz y buscando un corazón donde El pudiera dejarla. Santa Clara le ofreció el suyo, y había ella realmente impreso en el fondo de su corazón los dolores y las angustias de N. S. Jesucristo de tal manera que cuando, después de muerta, abrieron su corazón, encontraron moldeados y grabados en su carne todos los instrumentos de la Pasión. Esto es un milagro extraordinario; pero, ¿cuántas religiosas tuvieron este sentimiento, este pensamiento constante de ser las consoladoras de N. Señor?

Cuando desde lo alto de la Cruz vio Cristo el porvenir de su Iglesia, ¡qué consuelo tuvo! Os decía hace un momento que no tuvo ninguno; sin embargo, sí tuvo alguno cuando pudo divisar almas como, por ejemplo, San Francisco de Asís; cuando pudo constatar que de ese sacrificio tan doloroso, de esa Sangre, de esas amargas lágrimas saldrían una multitude de vírgenes muy puras, muy fieles, muy obedientes; una multitude de confesores y de mártires; todo, en fin, lo que constituye el honor y la gloria de la Iglesia. Pues bien, Hermanas mías, precisamente todas vosotras estáis llamadas a ser el consuelo de N. S. Jesucristo. Para esto no se necesita grandes talentos, no es necesario tener ciencia ni inteligencia: solo es cuestión de amar mucho.

Entre las gentes más pobres, entre las muchachas más vulgares, hay almas de tal manera penetradas de la Pasión de N. S. Jesucristo que han llevado impresas sus huellas sobre sus miembros. Las estigmatizadas del Tirol eran toscas criaturas. Catherine Emmrich, de quien quizá habéis podido leer las revelaciones, era una pobre niña alemana, de condición muy ordinaria. Yo misma he visto en un convento una pastorcita que venía de llevar su rebaño; seguramente no sabia escribir y acaso tampoco leer, pero después de haber seguido a N. Señor en la oración le había amado tanto y con tanta fidelidad en el convento donde entró que también ella había sido estigmatizada y llegó a ser la esposa de Jesucristo, sufriendo con gran fidelidad, generosidad y constancia, como lo atestiguaban todas las religiosas que la habían conocido.

Ya lo veis, Hermanas mías, todas debéis aspirar, no diré a esas gracias extraordinarias, pero sí a imprimir en vuestra alma el recuerdo de los sufrimientos de Cristo y sentir de ellos un intenso amor. Todas debéis excitar en vuestro corazón un amor de adoración, un amor muy ardiente; todas debéis estar prontas a cualquier sacrificio para seguir a Jesucristo doloroso; todas debéis intercalar la Cruz de Cristo entre vosotras y todo lo que es humano, carnal o proviene de la tentación.

Acaso estaréis pensando: “Todo esto es bueno para las almas adornadas por la gracia, que no tuvieron nunca ni sombra de una falta, pero no lo es para las que han sufrido el zarpazo, más o menos grande, del pecado.” La Sangre de Cristo Hermanas mías, lo ha purificado todo. Esa Sangre, vertida en la agonía, derramada sobre la Cruz, ha lavado todo, todo lo ha purificado. Si la Sangre de Jesucristo es el origen de la Concepción Inmaculada de la Santísima Virgen, también es la Sangre de Jesucristo la que ha dado a Santa Magdalena, al pie de la Cruz, una pureza admirable y perfecta. Por eso, todo está en la Pasión, todo tiene su origen en la Pasión.

Para completar el tema que trato debo hablaros también de la Santísima Virgen. Empecé diciendooos que Ella se había unido a la mirada de amor que su Hijo os había dirigido y había extendido un pico de su manto sobre vuestra cabeza para invitaros a sus bodas eternas, donde ella va al frente, seguida de un gran número de vírgenes. Pero, ¿dónde ha llegado a ser la Madre que os ama, os protege, que piensa sin cesar en vosotras y os obtiene tantas gracias? Al pie de la Cruz, en los sufrimientos atroces que soportó contemplando a N. Señor en la angustia de la muerte, escuchando aquella palabra que fue una espada para su corazón: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”.

A partir de ese momento su maternal corazón os abrazo a todas, a todas os llamó para llevar la Cruz de su Hijo y ser sus consoladoras. Por eso os dije que el recuerdo de la Sangre de Jesucristo debe unirse siempre con el recuerdo de las lágrimas de su Madre, porque por esas lágrimas María nos ha engendrado a la vida. Ella, verdaderamente, ha venido a ser la nueva Eva, la Madre de los vivientes; es ella quien conduce a Dios, quien purifica y protege las almas entusiastas, animadas de generosa voluntad, para ser las esposas de su Divino Hijo, siempre que ellas, a su vez, se vuelvan hacia María con una confianza completamente filial, recurriendo a Ella en todo peligro, en toda tentación, que les alejaría del amor sagrado a su vocación.

La castidad está enlazada con el amor sagrado de la vocación. El día que se ame menos la vocación, el día que disminuya el amor a la perfección, ese día se iniciará un descenso hacia lo humano, alejándose de Jesús, de María y del monte Calvario, donde se cumplieron los grandes misterios de nuestra redención, que acabamos de celebrar; se perderá también la gracia de la elección y la corona destinada para nosotras que Jesús tenía preparada, esperando que mereciéramos recibirla al salir de este mundo.

Llegó, finalmente, al Santísimo Sacramento, ¡qué manantial de castidad!, Hermanas mías. Ya sabéis que el Cuerpo sagrado de Jesucristo que se nos da en alimento, que su preciosa Sangre, que desciende hasta nosotras en la Comunión, es el origen de la pureza de nuestras almas. Es el trigo de los elegidos, el vino que engendra vírgenes. Pero, ¿dónde se consagró para nosotras? En la Última Cena Jesús se dio en comunión porque iba a entregarse en la Cruz. Por consiguiente, la hostia que recibís con tanta frecuencia es un misterio de sacrificio y de inmolación. N. Señor está ahí, consagrado, inmolado: su Cuerpo está de un lado, su Sangre, de otro; está en estado de víctima. No es que sufra, porque está resucitado e impasible; pero este misterio es un memorial de la Pasión, como se dice en la oración. Le recibís en memoria de la Pasión: “Haced esto en memoria mía, en memoria de esa hora en que me entregué totalmente a vosotros, en que os sustenté de Mi mismo antes de morir”.

No es posible meditar la Pasión de N. S. Jesucristo separando estas tres cosas: La Cruz, la Virgen María y la Eucaristía. La Cruz, donde está atado nuestro Esposo, saturado de dolores y de angustias, estremecido con la visión del pecado, de todo pecado, digo, hasta el más mínimo

pecado venial; Jesucristo azotado con varas y reparando por medio de este salvaje suplicio los pecados de la carne; Jesucristo taladrado por clavos y expirando.

¿No visteis nunca alguna persona querida sufriendo una operación grave que acarrea la muerte? Yo sí la he visto, y nada hay más doloroso que contemplar un rostro contraído por la fuerza del dolor; nada tan punzante como ver avanzar la muerte entre tantas angustias. Si nunca lo habéis vivido en una criatura es necesario que lo imaginéis en Cristo N. Señor, que esperó la muerte sufriendo terribles dolores. ¿Creéis posible que una esposa de nobles sentimientos pueda entregarse a una vida ligera, a diversiones y afectos humanos después de ver a un marido, digno de tal nombre, morir horriblemente torturado y no tener para él un recuerdo respetuoso, unido a un dolor profundo? Pues bien, Hermanas mías, vosotras sois las esposas de N. S. Jesucristo; habéis visto a Cristo crucificado por vosotras y expirando en medio de los sufrimientos más terribles. ¿cómo podríais olvidarlo?

No debéis separar el gran misterio de los sufrimientos de un Dios, de los sufrimientos de María: por ellos fue nuestra Madre. ¿Quién hay en este mundo que teniendo un pesar, una tristeza, no se vuelva hacia María? Todos los días rezáis a María, invocáis y suplicáis a María. Si hay una enferma se hace una novena a la Santísima Virgen, se acude a ella en cualquier inquietud. Y si Ella es una Madre, llena de bondad y de misericordia para las enfermedades corporales de sus hijas es, sin duda, mucho más para sus almas. Vio morir a Jesús para rescatar vuestras almas ¡qué celosa es de vuestra perfección de la santidad de vuestras almas! Querría verlas tan brillantes como el sol, adornadas de generosidad, de amor, de paciencia, de fidelidad, de pureza, de humildad y de todas las virtudes a que aspiran las verdaderas esposas de Jesucristo.

Finalmente, tampoco debe separarse de la energía que os es necesaria y de las gracias que recibís en el Santísimo Sacramento -a quien continuamente adoráis- el recuerdo de la Pasión de N. S. Jesucristo, porque su inmolación empezó en la Cena y la terminó en el Calvario. Siempre que asistís a una Misa asistís al sacrificio del Calvario. Por consiguiente, ¿cómo podríais dejar de poner os a menudo bajo esa Sangre divina, para purificaros y ofrecer os intensamente blancas a los ojos de Dios?

Del manantial de esa Sangre han salido todos los sacramentos; esa Sangre da su virtud al agua bautismal y a la absolución del sacerdote, y como os decía hace un momento que debéis acudir siempre a la Santísima Virgen, también os digo ahora que debéis recurrir a la preciosa Sangre de Jesucristo constantemente. Era la gran devoción de Santa Catalina de Sena y yo pienso que muchas de vosotras tienen esa costumbre de recurrir con frecuencia a la preciosa Sangre de N. Señor Jesucristo para presentar os ante Dios revestidas de la hermosura que El quiere ver en nuestras almas; hermosura que procede de la fe, de la pureza, de la obediencia, del abandono completo de sí mismo.

“Nada hay más hermoso -dicen los santos- que un alma en estado de gracia; nada más espantoso que un alma en estado de pecado mortal; pero entre los dos se sitúa el alma, que se deja mancillar un poco, que es algo tibia, que retiene ciertas inclinaciones de carácter, de temperamento y que no se purifica siempre con la Sangre preciosa de Nuestro Señor para ser más semejante a la Santísima Virgen.

Termino diciendo que el fruto que debe sacarse del misterio de hoy es el espíritu de sacrificio. La religiosa que frente a toda Regla, frente a toda dificultad practica el espíritu de sacrificio, se conforma con todo y se santifica en todas partes. El espíritu de sacrificio permite

que no se vaya bajando, dejándose llevar del natural, recordando lo que no fue, imaginando lo que pudo ser en otro estado. Por eso, si queréis llegar a ser almas castas y puras y sacar mucho fruto de la Pasión de N. S. Jesucristo, sed almas sacrificadas; así daréis a Nuestro Señor un inefable consuelo.